

Daniel Balderston

Borges: realidades y simulacros

Buenos Aires: Biblos, Colección Señales de la Crítica, 2000

Daniel Balderston ha construido una gran parte de su trabajo crítico y de sus aportes bibliográficos alrededor de la obra de Borges. La apuesta central de este abordaje está en las páginas de ese libro lúcido e irreverente llamado *¿Fuera de contexto?* que propone una lectura que contraría y desestabiliza las tendencias más arraigadas de la crítica moderna borgeana, al mismo tiempo que proporciona momentos de felicidad a los lectores que comparten sus descubrimientos, inesperados y largamente intuidos, como todos los descubrimientos.

Borges: realidades y simulacros reúne diez artículos sobre distintos aspectos de la escritura de Borges elaborados entre 1983 y 1999 y, a diferencia de *¿Fuera de contexto?* y de *El precursor velado: R.L. Stevenson en la obra de Borges* se publica en castellano antes que en inglés.

Los primeros ensayos del volumen, “La marca del cuchillo”, “Evocación y provocación. La figura de Juan Muraña” y “Dichos y hechos. Gutiérrez y la nostalgia de la aventura” se leen en sintonía. La reproducción de una escueta línea de un diálogo de Borges con Balderston, desata uno de los sesgos de la escritura crítica, aquella que persigue las huellas visibles pero erráticas de la ficción en la percepción de los grumos que condensan relatos nunca explicitados o apenas vislumbrados. Varios textos de Borges son trabajados siguiendo el itinerario de las historias que las cicatrices cuentan o dejan de contar, como en “La forma de la espada”. En el camino abierto por Sylvia Molloy en *Las letras de Borges*, la búsqueda delimita así una poética en la que los personajes llegan a preferir marcar a matar, porque la marca en el cuerpo se convierte en rúbrica, en letra cuyo trazo permite asimilar el cuchillo a la pluma, una letra, en fin, con la marca de una tradición nacional: “Borges viene a desarrollar el significado del signo de la cicatriz facial dentro del contexto específico de una tradición literaria argentina, en la cual ser marcado significa perder”. La crítica de Balderston repone también la serie desde la que es posible completar la inclusión del “detalle”: resignificada como pérdida, la cicatriz, la marca, la rúbrica se recuperan como condensaciones de relatos, como su posibilidad infinita dentro de una tradición que tiene, para Borges, orígenes muy precisos. Así, Balderston encuentra en la admiración de Borges por la “pelea callada” -que alguna vez leyó en los folletines de Eduardo Gutiérrez- el núcleo de algunos de sus relatos y también el núcleo ficcional de la mitología personal construida por el escritor. En otro ensayo del volumen, que podría agruparse con los anteriores, titulado “Gauchos y *gauchos*. Excursiones a la frontera uruguayo-brasileña”, la frontera del norte, (por oposición al límite del Sur, ese Sur “más antiguo y más firme”), es trabajada minuciosamente como espacio constitutivo de la obra borgeana y sobre todo como “otro” paisaje para las acciones de personajes que se mueven en el límite impreciso entre el culto al coraje y el fervor suicida.

Más allá de este pequeño corpus de artículos que presentan temáticas e intereses que permiten una lectura de conjunto, los restantes ensayos despliegan modos diversos e inquietantes de ingresar al universo textual de Borges.

Así “La dialéctica fecal: pánico homosexual y origen de la escritura” enfoca el modo

temeroso y elusivo con que Borges abordó el tema de la homosexualidad en relatos y ensayos, “Fundaciones míticas en *La muerte y la brújula*” descubre, con erudición e ironía la trama oculta de las referencias culturales del relato, en la misma línea de lectura que establece conectores inesperados entre la historia y la ficción desarrollada en *Out of context* y “El joven radical” rastrea las implicancias literarias de la admiración de Borges por Yrigoyen, el caudillo “taciturno y casi desganado”. Por su parte “Beatriz Viterbo c’est moi” subraya la irrupción de la escritura autobiográfica en el libro de Estela Canto *Borges a contraluz* y “El escritor argentino y la tradición (occidental)” despliega una fascinante discusión sobre la construcción de cánones en la que Balderston enfrenta a Borges con Harold Bloom.

Cada uno de estos textos se posa sobre un borde inesperado de la escritura borgeana, cada uno de ellos asombra al lector con el armado de nuevas constelaciones de sentido. Pero “Borges, ensayista”, da un paso más y se convierte en una gran lección de análisis crítico. A partir de una demanda externa (compilar, traducir y anotar más de 200 citas de Borges que pudieran usarse fuera de su contexto original para la versión en CD del *Columbia Dictionary of Quotations*) Balderston seguirá la huella del momento en que algunos textos de Borges se condensan en una frase epigramática y encontrará que en sus ensayos de las décadas de 1940-1950 se advierten, con más frecuencia, estos epigramas - casi siempre ubicados al final de los textos-que desafían con sus imágenes dubitativas y tentativas, la posibilidad de cualquier riesgo asertivo. Con efecto de *zoom*, la lectura de Balderston trae al primer plano los fragmentos precisos de “La muralla y los libros”, publicado en *Otras inquisiciones* y descubre las insinuaciones de relato, las posibilidades de trama que subyacen en la prosa ensayística. Irrumpe entonces una nueva lectura para un fragmento muchas veces citado, muchas veces recordado que dejará al descubierto toda su extrañeza, toda su incertidumbre: “La música, los estados de felicidad, la mitología, las caras trabajadas por el tiempo, ciertos crepúsculos y ciertos lugares, quieren decirnos algo, o algo dijeron que no hubiéramos debido perder, o están por decir algo: esta inminencia de una revelación que no se produce, es quizás, el hecho estético” Esta frase, llena de vacíos y promesas es, para Balderston, un ejemplo mayor del modo provisional con el que Borges socavó la certeza de un género, el ensayo, ejercido en Latinoamérica por voces más enfáticas. *Borges, ensayista* es un ejemplo de la pasión, la erudición y el rigor que la crítica literaria necesita para existir.

Cristina Iglesia
Universidad de Buenos Aires